

Alberto de Belaunde

Todo queda en familia

Prólogo de
Giovanna Pollarolo



PESOPLUMA

Todo queda en familia

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de la editorial. Reservados todos los derechos de esta edición para todo el mundo.

© Alberto de Belaunde, 2026

© Pesopluma, 2026

1ª edición: marzo 2026

Serie LiteraRutas Contemporáneas / Cuento

Tiraje: 500 ejemplares

Dirección, edición y cuidado editorial: Teo Pinzás

Revisión de cierre: Luis Paliza

Diseño y diagramación: James Hart

ISBN: 978-612-4416-60-6

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2026-01669

Editado por Pesopluma S.A.C.

Pque. Francisco Graña N.º 168, Magdalena del Mar, Lima – Perú

www.pesopluma.net

Impreso en Enotria S.A.

Av. Nicolás Ayllón N.º 2890, Ate, Lima – Perú

Marzo de 2026

ÍNDICE

El mundo según Alberto de Belaunde <i>Giovanna Pollarolo</i>	9
Apolo 13	17
Madán Grimelda	27
La reina del Atlantis	37
El hermano Rolf	43
Fiesta de cumpleaños	51
Vecindad	61
Apafa	65
Espero que ya estés contento	73
Dos chilcanos	77
<i>And it felt like home</i>	83
La casa de la familia Wagner	93
Las mudanzas	97
Acto de magia	109

Es en las expectativas donde duermen las familias

LAURA FERRERO, *LOS ASTRONAUTAS*

*Cada familia, hecha de raíz, de alteraciones
y de turbulencias*

KATYA ADAUI, *GEOGRAFÍA DE LA OSCURIDAD*

Apolo 13

Todo el mundo sabe que los astronautas son mucho mejores que los dinosaurios. Los astronautas existen y los dinosaurios no. O sea, existieron, pero ya no, un meteorito los mató a todos. Y los astronautas ven meteoritos siempre y los esquivan y no se dejan matar. Hasta les toman fotos como las que salen en mi libro de tapa dura. En cambio los dinosaurios solo dejaron sus huesos enterrados y nada más.

Pero en mi colegio a todos les gustan los dinosaurios. Creo que también les gustan los astronautas, pero nadie sabe tanto de astronautas como yo porque mi mamá me regaló un libro de tapa dura con historias de astronautas y fotos de meteoritos por mi libreta del año pasado. ¡Fue un regalo sorpresa! A ella también le gustan muchísimo los astronautas, pero ahora está muy cansada para leer. Entonces yo leo y voy y le cuento todo. Me acerco a su cama y me fijo que no esté dormida y le empiezo a contar las cosas más pajas que leí. Le explico cómo hacen para comer sin que la comida salga volando por todos lados, también le cuento de los sacos que usan para dormir, como si estuvieran de campamento, pero flotando todo el rato. Ella siempre me escucha con atención, aunque esté por quedarse dormida. *¡Mi pequeño astronauta, estás listo para el espacio!* En la lonchera, siempre me ponía papelitos de colores con dibujos que ella hacía de marcianitos, naves espaciales y estrellas. ¡Dibuja maldito! Las estrellas son trancazas de hacer, pero a ella siempre le salen bien.

Cuando sea grande, seré el primer astronauta en pisar Marte o Júpiter, todavía no sé. La *miss* Claudia no entiende nada y piensa que siempre estoy distraído. *Lorenzo, ¿me estás*

escuchando? ¡Siempre estás en la Luna! Pero yo no quiero estar en la Luna porque allá ya fueron Neil Armstrong y sus amigos, yo quiero estar más lejos, en el espacio exterior, donde nunca ha llegado ningún hombre. ¡Hasta podría descubrir un planeta! Tengo que pensar en algún nombre pajaza para mi planeta. Tal vez podría ponerle el nombre de mi mamá, aunque no sé si está permitido ponerle nombre de personas. Una vez papá vio en las noticias que un huracán tenía el nombre de la abuela y todos se rieron, no creo que haya problema. ¡Ojalá tenga anillos y sea de color verde fosforescente! Y como es mi planeta ahí mandarían yo, no tendría que hacer tareas ni ir a misa, no comería verduras, ¡solo pizzas! Y mi mamá podría dibujar y jugar conmigo todo el tiempo.

18 Mi día favorito de toda la semana era el viernes porque mi mamá salía temprano del trabajo y me recogía del colegio y en el camino parábamos en Blockbuster y me dejaba escoger una película para el fin de semana. Pero teníamos que devolverla el domingo; si no, nos caía multa y ella no pensaba pagar ninguna multa. También comprábamos canchita para el microondas, que es más rica que la que hacemos en la olla, porque es de cine y tiene mantequilla. Mi mamá me dejaba escoger la película y yo siempre buscaba una con astronautas. ¡Las he visto todas! Bueno, me faltaba solo una, pero por fin la pude ver gracias a papá.

Es que este bimestre mi mamá ya no me está recogiendo los viernes. Pero viene papá y es genial, porque además de ir a Blockbuster me deja comprarme un helado en el quiosco de la señora Jenny, ¡antes de almorzar! A veces mi papá es un poco aburrido, no habla mientras caminamos, pero puedo ir comiendo mi helado. Tengo que comerlo con cuidado para que no se me chorree encima del uniforme, porque mi papá se molesta y me regaña. *Lorenzo, mira la cochinada que has hecho.*

¿Me puedes hacer el favor de tomar tu helado como si no fueras un bebito? Algún amigo del colegio podría escuchar y luego burlarse de mí delante de todos, como cuando alguien se equivoca y le dice «mamá» a la *miss*.

Papá no me pregunta por las clases o si hice un amigo nuevo. Y en Blockbuster ni mira qué película escojo. A veces creo que podría alquilar una película con mujeres calatas y no se daría cuenta, pero seguro después en la casa sí y me castigaría. Un viernes aproveché para alquilar la única película que mi mamá no quería que viera: *Apolo 13*. Creo que pensaba que me iba a dar miedo, porque a la nave le va mal y parece que todos se van a morir, pero nada que ver, porque al final no se mueren, pero sí fracasan porque vuelven a la Tierra al toque. Pero todo eso ya lo sabía porque sale en la enciclopedia grandota de la biblioteca del colegio. Además, todo el mundo sabe lo que pasó con el Apolo 13, pero a mí no me va a pasar. Entonces, un viernes aproveché que mi papá estaba bien distraído y le di *Apolo 13* junto con la bolsa de canchita. ¡Y funcionó! Ni se dio cuenta. Yo no podía más de la emoción, pero disimulé muy bien para que no sospeche nada.

Cuando llegué a la casa ese día, mi mamá estaba haciendo sus tareas en la mesa del comedor. Son tareas de grandes, porque ella ya acabó el colegio hace un montonón de tiempo. Debe haber sido algo con matemáticas, porque se le veía preocupada. A mí también me pasa lo mismo con las matemáticas. Sumar y restar era fácil, pero multiplicar es trancaza, sobre todo cuando son varios números. Solo al Chino Nagaro le salen todas bien, pero no vale porque es chino y ellos son unos capos con todos los números.

Me dio miedo que mi mamá fuera a decir algo porque alquilé *Apolo 13*, pero creo que ni se dio cuenta de qué película era cuando puse la caja sobre la mesa. *Hola, mi astronauta.*

Alquilaron una película, ¡qué lindo! ¿Hoy es viernes? Podemos verla después de comer. Pero las matemáticas la cansaron mucho porque durante la comida estuvo callada y apenas terminó se fue a su cuarto y cerró la puerta. No prendió la luz ni nada, se fue a dormir tempranazo. Papá empezó a ver la película conmigo en el televisor grande de la sala, aunque después de un ratito se paró y también se fue a dormir. Mejor, así no vio cómo al Apolo 13 le salía todo mal porque seguro apagaba la película y me mandaba a dormir. ¡Pero la película no me dio miedo! Bueno, solo un poquito, porque suena fuertazo cuando se malogra el cohete y todo empieza a temblar. Y los astronautas también se asustaron, seguro pensaron que podían terminar quedándose solos en el espacio y no volver a ver a sus familias nunca más. Al final todos vuelven a la Tierra y se salvan, felizmente. ¡Qué lecheros!

Por primera vez me tocó a mí rebobinar la película y apagar todas las luces de la casa, que son un montón. Apagué primero la lámpara alta de la sala junto al sillón gordo, de ahí la de la mesita de la entrada, luego la grande del comedor, y al final las lamparitas del pasadizo. De ahí corrí a mi cuarto, no porque me diera miedo, sino porque me gusta imaginar que toda esa oscuridad es el espacio exterior y que mi cama es una nave espacial. Lo oscuro no me da miedo porque así es el espacio, no siempre alumbra el Sol. De vez en cuando pasa un carro por la calle y se ilumina mi ventana y yo me imagino que son meteoritos y que mi nave tiene que esquivarlos. Pero no me da miedo, porque yo no soy un dinosaurio y sabré escapar de ellos a la velocidad de la luz.

Cuando la lámpara grande del comedor está prendida, la luz va por todo el pasadizo y llega hasta mi cuarto. ¡Es el Sol! O sea, de mentira, ¿no? De juego. Y yo cierro mis ojos fuerte fuerte para que no me vaya a quemar. Últimamente he tenido

muchos viajes intergalácticos cerca al Sol, pero manteniendo mi distancia. Antes era solo los fines de semana, cuando venían los amigos de mis papás, que se reían como las hienas de *El Rey León*, pero ahora casi todas las noches la luz del comedor está prendida y yo vuelo cerca al Sol.

Esa noche que vi *Apolo 13* tuve pesadillas. Soñé que mi máquina empezaba a fallar como en la película, pero estaba yo solito para arreglarla y no podía porque era trancaza. Le pedía ayuda a Houston y no respondían la radio. Tampoco respondía mi mamá. Así un ratazo y yo veía por la escotilla cómo la Tierra se iba alejando y alejando hasta ser un puntito azul. Quise gritar pero el oxígeno se estaba acabando y no podía. ¡Fue horrible! Me desperté gritando, aunque creo que nadie me escuchó, como si todavía estuviera en el espacio. A la mañana próxima, yo mismo cambié mis sábanas sin decir nada para que papá no me regañara.

La noche siguiente me mandaron a dormir temprano. Pensé que me estaban castigando, pero no me regañaron ni me dijeron nada más. Desde mi nave, escuché que estaban hablando bajito. No entendí mucho, solo cuando dijeron que todavía faltaba comprar los pasajes a Houston. ¡Un viaje a Houston! Ahí viven y trabajan los astronautas cuando no están en el espacio. No me aguanté y salté de mi cama y fui corriendo al comedor. A papá no le gusta que salga del cuarto de noche, pero no me importó. No iba a poder dormir de la emoción si no me contaban. Cuando llegué al comedor, mi mamá estaba llorando bajito y papá la abrazaba. Hice mucha bulla, porque los dos voltearon a verme. Sabía que papá me iba a regañar y dije lo primero que se me vino a la mente: «Houston, tenemos un problema». La frase la había escuchado la noche anterior en la película.

Hubo un rato largazo de silencio y después los dos se mataron de risa. Mi mamá se rio primero y eso relajó a papá que ya estaba con cara de que me iba a gritar de nuevo. Los dos me abrazaron, yo repetí la frase, pero creo que no me escucharon. Estaban hablando entre ellos algo que no entendí. *Todo va a salir bien.*

En los siguientes días, ya hablaban del viaje delante de mí. *Revisa en el cable a ver si sale el clima de Houston, tal vez en CNN. No te olvides de llevar esos sobres. Mi prima dice que se pueden alquilar carros en el aeropuerto.* Me alegré muchísimo: ¡iba a conocer la NASA y a astronautas de verdad! Imaginaba que iba a encontrarme con Neil Armstrong en un pasillo y le diría su famosa frase de cuando fue el primerito en pisar la Luna: *That's one small step for man, one giant leap for mankind.* A Neil Armstrong le iba a hacer gracia que me acuerde de su frase y seguro se volvería mi amigo y me enseñaría todo lo que se necesita saber para ser astronauta.

22

Luego me enteré la verdad, que sí había viaje a Houston, pero que no me iban a llevar. *Amor, tienes que entender, no puedes perderte tantos días de cole.* ¡No es justo! ¡A ellos ni siquiera les gustan tanto los astronautas! No vieron la película *Apolo 13* y mi papá siempre confunde a Neil Armstrong con el trompetista. Lloré y lloré, les juré que iba a aprender a multiplicar bien, que podía practicar en el avión y que al volver me iba a poner al día con el cuaderno del Chino Nagaro. Mi mamá me prometió que me traería un lapicero con una piedra lunar como la que había visto en la casa de mi primo Jorge. *Si todo sale bien, te juro que nos vamos todos en las vacaciones de verano a Houston a conocer todas las naves espaciales.* Acepté porque sus ojos estaban rojos y no me gusta cuando mi mamá llora. Seguro la idea de que yo me quedara había sido de papá y ella estaba triste. Yo le juré que todo iba a salir bien porque tendría la

mejor libreta y no tendría que hacer vacacional y podríamos viajar todos juntos. *¡Ese es mi pequeño astronauta, muy bien! Dame otro abrazote rico.*

Se fueron a Houston y vino a cuidarme la abuela Elena. Yo quería que viniera mi mamama Concho, pero ella vive en Trujillo y no puede venir porque tendría que dejar a mi papapa Pacho, que no sabe hacer nada en la casa. *¡Este viejo se ha vuelto un cero a la izquierda, oye!* Y ya está muy viejito y viajar lo cansa mucho. Mi mamá siempre se burla de papá. *¡Eres igualito a mi papá! Ni me quiero imaginar tu vejez.* Pero lo hace de broma, porque no es cierto. En los últimos meses papá fue el que cocinó en las noches y me hizo mi lonchera temprano antes de ir al cole. No eran tan ricas como las que hacía mi mamá, y no me ponía dibujitos espaciales, pero nunca le dije nada para que no se molestara.

La abuela Elena vive cerca y yo la quiero mucho, pero es muy regañona y no le quita la nata a mi leche. Mi mamama Concho siempre me da mi leche sin nata. La nata es horrible, porque se te pega en la lengua y es toda babosa. La abuela Elena no me deja ver televisión hasta que termine mis tareas. *¡Primero los deberes, luego la diversión!* Y cuando por fin termino y quiero ver Cartoon Network, me dice que ya estoy grande para dibujos animados y me hace ver con ella unas series aburridísimas que dan en Canal 5 mientras ella teje. Me hace pegar mis codos al cuerpo y acercar mis brazos entre sí, y pone toda la lana en círculos alrededor de mis manos, y la va convirtiendo en chompas. Yo me siento un tiranosaurio rex atrapado por un cazador. *¡Qué muchachito este que no puede estarse quieto!* Yo no quiero ser un dinosaurio, pero ella no entiende.

Hace un montón de días se fueron a Houston. Cada mañana marco un aspa en el calendario de la cocina, como me enseñó mi mamá. Ya hay ocho aspas. Al comienzo mi mamá

me llamaba todos los días y me contaba de las naves espaciales que había visto por allá. *No, amor, todavía no me cruzo con ningún astronauta, pero te juro que estoy llevando el cuaderno de autógrafos conmigo a todos lados.* Tal vez ya consiguió un autógrafo y quiere darme una sorpresa. No me llama desde hace dos días. La abuela Elena dice que llamar desde allá es carísimo, *¡Un ojo de la cara!* Pero ya seguro el fin de semana podremos hablar. ¡Quiero contarle a mi mamá que me saqué 17 en el último examen de Matemáticas, que estuvo trancaza! Ojalá ella ya haya conseguido hablar con Neil Armstrong.

Hoy estaba soñando con mi nave espacial. Me acercaba a un planeta nuevo, verde fosforescente y con muchos anillos de colores. ¡Nadie había estado nunca ahí! Iba a ser mi planeta. Se me ocurrió un nombre mostro para ponerle, pero me lo olvidé cuando desperté. Es que empezó a sonar un ruido extraño en mi nave. Temí que volviera a pasar lo mismo que la otra noche, que se malograra como el Apolo 13, pero el ruido no era de mi sueño, era el teléfono de la casa que estaba sonando. Nunca había sonado cuando estaba así de oscuro. La abuela Elena contestó y empezó a gritar, creo que se está quedando sorda porque estaba hablando muy alto, o tal vez la persona que había llamado estaba hablando bajito para no despertar a nadie en su casa. La abuela Elena no pensó en eso y me despertó y tal vez nunca me acuerde el nombre pajola que había pensado para mi planeta.

La abuela Elena prendió la luz del comedor. Creo que también las lamparitas del pasadizo, porque el Sol llegaba fuerte a mi nave espacial. Quería cubrirme los ojos con la almohada para protegerme, para intentar volver a dormir y estar a salvo, pero mis pies ya habían dejado la nave y me estaban llevando a través del pasadizo. Llegué al comedor y la abuela Elena estaba llorando con su rosario enredado en las manos.

Santamariamadrededios, ruegapornosotrospecadores... Me quedé ahí, quieto, sin saber qué hacer. Yo pensaba que mi abuela Elena no lloraba nunca. Seguro extrañaba su casa. A mí me pasó una vez que me quedé a dormir todo el fin de semana donde mi primo Jorge y extrañaba mucho a mi mamá.

Ella me vio y ocultó la cara con su mano. A mí tampoco me gusta que me vean llorar. Me acerqué lentamente esperando que me dijera algo, pero nada. Me miró con la cara seria de siempre, pero estaba toda mojada por las lágrimas. No sabía qué decirle. Vino a mi mente la misma frase de la otra vez: «Houston, tenemos un problema». No le dio risa. No le gustó nada. De una cachetada me tumbó al suelo y me puse a llorar. Corrí a mi cuarto y cerré la puerta con llave.

Ahora estoy de nuevo en mi nave espacial, con los ojos cerrados para que funcione. Ya dejé de llorar. Tengo queirme volando al espacio exterior lo más rápido posible,irme de acá y nunca más ver a la abuela, que es muy mala. No voy a abrir los ojos. Mañana cuando la abuela se dé cuenta de que ya no estoy, se sentirá horrible y va a llorar mucho más, pero no me va a importar. Ya voy a estar lejos y la Tierra será un puntito azul. Encontraré mi planeta y se llamará como mi mamá, no me importa si está permitido o no. Y antes pasaré por Houston para recogerla. No le diré el nombre para que sea una sorpresa cuando lleguemos y se ponga muy feliz. Estaremos juntos solo los dos, en un planeta nuevo por descubrir. Solo tengo que seguir con los ojos bien cerrados un rato más.